

# Manchester y el teatro

Cristian Lagunas

Con estruendo, se abre el telón. Comienza esa complicación que sube por las venas. Está en medio de un escenario y empieza a salirse de sí misma para que venga otra a ocupar su cuerpo; esa otra se instala desprovista de escrúpulos. Entonces la gente mira desde las butacas. Todos están ansiosos de descubrir su nueva identidad, de verla desplazarse por todo el sitio. Está envuelta en aplausos (“¡Qué gran actriz!”), en premios, en ovaciones que intentan reventar el teatro, poco a poco, lentamente, como si se tratara de un globo...

Sale a flote. No se ha ahogado entre las sábanas, abre los ojos y comprueba que sigue existiendo. Enfrente de ella, el despertador. Se levanta. El agua de la regadera es fría en contraste con el café hecho en microondas. Sale de casa y sus pasos hacen ruido. No tardarán en llamarla. Liliana, ¿ya vienes para acá? (es la voz irritante de Renata, la actriz principal, la que ha presentado sus obras en Broadway y por una larga temporada en Sudamérica). Sí, ya voy, dice, mientras camina por la calle vacía. Tal vez cuando llegue a la esquina encuentre algún rastro humano. Sabe que el ensayo empezará en veinte minutos y se apresura, sabe que llegará para coser botones y arreglar pelucas y llevar tazas de té sin azúcar y recibir órdenes que escuchará inmóvil hasta que le griten: “¡Corre, ningún actor debe esperar!”. Sabe que escuchará la voz apremiante del director de obra diciendo que la escena debe hacerse de nuevo. Verá el teatro vacío y por un instante pensará que está repleto de un público que la eleva, pero después le exigirán: “¡Quítate del escenario!”. Se apartará entonces, porque no habrá otra opción. Pero ahora sigue,

camina apresurada y entierra sus uñas en la palma de la mano. Avista un taxi y su mano instintiva lo detiene. Va tan tarde... ¿A dónde la llevo? Al Teatro del Puente, por favor... Avanza el auto. Mira un paisaje que se reinventa. ¿En dónde queda? En la esquina de Alpes con República. Y de nuevo el paisaje se ha reinventado. Es necesario dejar entrar aire. Es preciso abandonarse unos minutos. Comienzan a rodearla las voces. “Es sublime”, “Ha estado maravillosa”, “Nadie más pudo haber hecho ese papel”. Pero de repente los cláxones la devuelven a la realidad, a permitir que entre por su oídos el *idónde*, perdón? En la esquina de Alpes con República... Re-pública, confirma.



La música de los vecinos hace que despierte. En realidad no es tarde, es demasiado temprano para la ópera a todo volumen. Es así, los vecinos lo despiertan y él piensa que todo está en silencio, pero los vidrios crujen y las paredes no pueden contener la avalancha. No desayuna, su esposa insiste, él se niega. Toma las llaves. Ella pregunta si volverá para llevar a los niños a la escuela. Él dice que sí. Sale. Hace frío. La cantante de ópera chilla *iii*. El auto del vecino obstruye el suyo. Toca la puerta. Esos ingleses, piensa, creen que pueden obstruir siempre el paso. Ahí está Mr. Crowley. Mueva su auto. El inglés camina con las llaves en la mano y se excusa, se excusa siempre. Y sus pasos



*Los taxinautas* (2013). Dibujo digital: Abril Carmona Ochoa.

son lentos, tan lentos que su interlocutor está a punto de enterrarse sus propias llaves en la palma de la mano. “Manuel, ¿puedes llevar a mis hijos a la escuela?”. No puedo, Crowley. Debe volver a las siete con cincuenta (tal vez el inglés no sepa que tiene hijos propios). Y se hace tarde, cada vez más, mientras el vecino pone reversa en su coche. No da las gracias. Esos ingleses, esos extranjeros, creyendo siempre en la perfección del mundo. Se aleja mientras la ópera decrece y se va a un lugar silencioso. ¿Cuántas cuadras recorrerá antes de tomar pasaje? Una, dos, entra a una avenida ruidosa. Un hombre mayor le hace la parada pero decide no perder la luz verde. Pasa una cuadra más. He ahí una chica de unos veintitantos levantando su mano, exigiendo que se detenga. Y lo hace. Ella sube y él repite el diálogo: ¿A dónde la llevo? Al Teatro del Puente, por favor... Pisa el acelerador, pasa una cuadra y él pregunta dónde queda. En la esquina de Alpes con República. ¡Cláxones! ¿Dónde, perdón? En la esquina de Alpes con República... Y repite República dos veces como si él no hubiera escuchado. Bien, no tardará en llegar, si todo va bien, si no hay tráfico, si no hay niños atropellados o adultos suicidas que se hayan lanzado desde los puentes. La mira por el retrovisor: ojos perdidos en el vacío, cabello desordenado. Seguro va apresurada al trabajo y en cinco minutos se dará cuenta del desorden de su imagen. Pero algo le dice que la ha visto antes. Quizá en televisión, sí, probablemente es una chica de las que aparecen en comerciales sonriendo y moviendo el cabello. Y no sabe si hacerle una pregunta, no sabe si debería averiguar sobre su vida. Pero ella se adelanta, lo mira por el retrovisor y él se sabe observado. Luz roja, frenos, él sabe que ella está a punto de preguntar algo, pero lo que entra a sus oídos, en vez, es la voz de una soprano cantando. (¡Ah, es Crowley en su BMW!) No lo ha visto, se pone el verde y aprovecha para tomar otra calle. Llega la pregunta: ¿Es usted inglés? ¿Inglés, él? Sí, soy inglés... responde.



*¿A dónde la llevo? Al Teatro del Puente, por favor. ¿En dónde queda? En la esquina de Alpes con República. ¿Dónde, perdón? En la esquina de Alpes con República... Re-pública. (Ella observa el cabello de él; es castaño, tal vez rubio. El taxista tiene ese semblante que se observa raras veces) ¿Es usted inglés? (Ella espera la respuesta) Sí, soy inglés. (Ella confirma sus sospechas) ¿Un inglés en México? Es raro, ¿no? Sí, tal vez un poco. Pero es raro que sea taxista. (Risas) Lo sé, siempre me lo dicen. ¿Hace cuánto que llegó a México? Habla muy bien español. (Necesito decirlo, piensa él, necesito dejarme llevar un poco) Hace tres años... Me ofrecieron un puesto importante en una empresa, pero, ¿cómo se dice? ¿Quebró? Sí, eso... Quebró. (Él dice esta última palabra con duda, como si no conociera el lenguaje, como si poco a poco su español se fuera incrementando) ¿Qué pena. No decidí regresar. ¿Y de dónde es, de Londres? No,*

soy de Manchester, ¿conoce? Sí... he estado ahí un par de veces. (Ella sabe que debe causar buena impresión, que con los extranjeros siempre es mejor decir de más) *Me ha gustado mucho. Qué bueno. Sí...* (Dos segundos en silencio. Ambos necesitan saber más del otro) *¿Por qué fue a Manchester?* (He ahí la oportunidad) *Hicimos... hicimos una obra de teatro, verá, yo soy actriz.* (Ahora es él quien confirma sus sospechas, ella es actriz) *¿Actriz? Qué interesante. ¿Actriz de teatro o de comerciales? Las dos cosas... pero más de teatro. ¿Va a un ensayo? Sí, exacto, ¡voy a un ensayo!* (Ella cree que esto último no le ha resultado natural, que en alguna parte de la frase su voz se fraccionó) *Yo solía mucho ir al teatro en Londres, siempre hay obras muy buenas. Por supuesto. ¿Cuándo se estrena su obra? (¿Qué decir? Qué decir cuando ni ella misma sabe cuando será estrenada) Aún no lo sé. ¿Y cómo se llama? ¿Yo, o la obra?* (Ella no sabe qué nombre dirá si él confirma que desea conocerla) *Las dos cosas. (Él la mira por el retrovisor, ella a él) Renata... Y la obra se llama Años que se van. No suena nada mal... Yo me llamo Julian Crowley. Estoy segura de que será una buena obra.* (Suena el teléfono de ella. Actúa normal, piensa, actúa como si fueras una actriz. Él escucha atento) *Sí, ya voy.* (La sorpresa es que la voz de ella no está llena de hartazgo, más bien suena convencida, suena con la misma seguridad con que un director de obra da sus órdenes) *No te preocupes, llegaré en cinco minutos. ¿Prisa, señorita? Un poco, pero no se preocupe, comprendo el tráfico. ¿Es igual en su ciudad natal? Más o menos, creo que es lo mismo en todas las grandes ciudades. Sí, tiene razón.* (Adelante un semáforo descompuesto, un nudo de coches que se enreda) *Oh, el semáforo se ha descompuesto. ¡Oh!* (Por unos momentos, mientras él maniobra con el volante para desatar el nudo, ella se fija en la tarjeta de taxista. Manuel López, dice, López, no Crowley, no Hilton. Mira su cabello de nuevo y le parece que no es tan claro, es más bien como el de ella, lo mismo la piel. Ella se fija en estos detalles y pierde la confianza. Él se vuelve para mirarla y la ve abstraída) *Pensé que sería más difícil. ¿Difícil qué? Salir de ese desmadre. (¿Ha dicho “desmadre”? ¿Desde cuándo los ingleses dicen “desmadre”? No es inglés, ella no es actriz) Ah, (la siguiente esquina es Alpes) el teatro está en la esquina.* (Ella mira a Renata impaciente en la entrada, mira el reloj, se ha tardado demasiado. El taxi se detiene) *¿Cuánto le debo? Treinta pesos. Gracias...* (Ella desciende, Renata se acerca, con pasos toscos, ¡es muy tarde!) *Gracias, señor López.* (Él no responde, no sabe qué decir, ella lo ha descubierto, pero escucha a una mujer gritando ¡Liliana, llegas tarde, niña, llegas muy tarde! Y sabe que él la ha descubierto a ella, que, de vez en cuando, algunas muchachas parecen actrices por casualidad).LC

CRISTIAN LAGUNAS. Estudia la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Ha formado parte del Programa de Escritura Creativa de la Universidad del Claustro de Sor Juana y realizado estudios en la Fundación Pedro Meyer y el Centro Toluqueño de Escritores. Colaborador en el semanario *El Espectador*, de Toluca. Sus textos han sido publicados en la revista *EL6A*, en Santiago de Chile, así como en una antología de próxima publicación, compilada por Claudia Guillén.